

PROPAGANDA DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA ENSEÑADA POR EL BEATO GRIGNION DE MONTFORT

INTRODUCCION

1.º.—Esperanzas de la Iglesia

SUSPIRA nuestra Santa Madre la Iglesia Católica porque el Divino Consolador envíe sus gracias celestiales para que el espíritu verdadero de Dios sea infundido en los corazones de los hombres, los cuales se han apartado de las sendas de Jesucristo corrompiendo todos los caminos que a El conducen, y, por tales deseos impulsada la Esposa Santa del Divino Cordero, exclama del mismo modo que la Esposa de los Cantares, diciendo: «Levántate, cierzo y ven austro, sopla por mi huerto, y corran los aromas de él » (1)

Más el Divino Espíritu que allí crea, renueva y vivifica donde más arraigada ve a María, no parece sino que espera el momento feliz en que la verdadera devoción a la Santísima Virgen hayase infundido en algunas almas, para que, a impulsos de la santificadora salutación de la voz dulcísima de María, salte de gozo en el seno siempre fecundo de la Iglesia, el espíritu profetizado desde hace dos siglos por el Beato Grignon de Montfort y todos regocijados prorrumpamos en nuevas alabanzas marianas, anunciadoras de que «Dios quiere, como dice el Beato Grignon de Montfort, que su Stma. Madre sea ahora más conocida, más honrada, más amada que lo ha sido jamás.» Para que, como Isabel, la madre del Bautista, llenos del Espíritu Santo los hijos de la Virgen, repitan sin cesar; «Bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.» (2)

El espíritu mariano es precursor del espíritu de Cristo, pero se le adelanta tan poco que en el orden de los hechos podemos afirmar que los predicadores del reino espiritual de María en el mundo señalan con su dedo a las almas el reino de Cristo, y como otros tantos Bautistas podrán decir en todo momento: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo.» (3)

Y porque el espíritu de María es como dispositivo del espíritu de Cristo, por eso los que practiquen en especial el espíritu mariano han de ser

(1) Cant. IV-16.

(2) Luc. 1-42.

(3) Ev. Joan. 1-92